

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
El ministerio en el contexto del sacerdocio universal de los creyentes.....	1
El lugar del Servicio Cristiano.....	8
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	12
Walter y la misión.....	20
Las confesiones y las iglesias jóvenes en el tiempo ecuménico.....	27
Bosquejos para Sermones.....	33
Bibliografía.....	47

Publicado por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.
Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.
Editor: Fr. Lange.

Núm. 61

Primer Trimestre - 1969

Año 16

EL MINISTERIO EN EL CONTEXTO DEL SACERDOCIO UNIVERSAL DE LOS CREYENTES

Al pretender hablar sobre un tema tan vasto, es decir sobre el ministerio de la Palabra en el contexto del sacerdocio universal de los creyentes, temo que me critiquen en la forma semejante como el profesor criticó mi primer sermón por haber incluido en este lejano sermón conceptos demasiado variados y no haberme limitado a lo esencial. Pero en mi defensa puedo aducir que ya hice cortes, que fue excluida toda referencia a la posible introducción del obispo y su significado en medio de iglesias luteranas de América, y que resistí a la tentación de expresarme sobre la política de la iglesia. Y trataré de hacer algunos cortes más limitándome a lo más indispensable para no abusar de la atención de Uds.

En mi alocución pronunciada en el acto de graduación de los candidatos del Seminario Concordia al fin del último año me permití destacar el nuevo cuadro del ministerio de la Palabra que tiene que ver especialmente con la preparación de los laicos para la obra que Dios espera de ellos, insistiendo en que debemos estar dispuestos a delegar siempre más y más responsabilidades en el conjunto de los laicos de modo que nuestra inquietud puede circunscribirse así: ¿Cómo podremos equipar satisfactoriamente a los laicos para sus funciones para hacer uso así del gran potencial que existe en el cuerpo de los cristianos laicos y para librarlos definitivamente del sistema patriarcal en la iglesia, el sistema de un solo hombre (Ein-Mann-System)?

En conferencias pastorales del Gran Buenos Aires discutimos las consecuencias prácticas de tal exigencia para la composición y el funcionamiento de las comisiones direc-

tivas de las congregaciones, para que ellas —y este sea el punto de partida— puedan comprender lo que el sacerdocio universal de todos los creyentes significa para la administración de la congregación. ¿Cómo debe estar compuesta tal comisión para cumplir con las exigencias modernas y funcionar bien? Esta comisión debe ser un equipo de trabajo en que cada miembro es responsable para cierto sector del trabajo. Tales sectores son p. ej. a) la música sacra. El encargado de este sector se preocupará por la compra o el arreglo del instrumento, por el organista y su preparación, por el coro y que los miembros del coro dispongan de la música y de las notas correspondientes, de los preparativos para ensayos, fiestas y conciertos también en colaboración con otros coros. Todo esto será la responsabilidad de la comisión directiva.

b) Otro miembro de la comisión directiva será responsable por asuntos de la propiedad de la congregación, de arreglos, impuestos, alquileres, etc.

c) La comisión necesitará de un experto que será elegido para los asuntos de la juventud de la congregación, se preocupará por los programas de las reuniones de los jóvenes, por el encuentro con otros grupos y los preparativos necesarios, por la preparación de los dirigentes, por una información interesante y sana que se debe a la juventud.

d) Un 4. miembro será elegido para que se preocupe por la educación de los niños y adultos, que busque conseguir a los maestros y maestras de la escuela dominical y que entregue películas instructivas.

e) Un 5. miembro de la comisión se precisa para ocuparse en las relaciones públicas, en los archivos, avisos, boletines parroquiales, y en la propaganda.

f) Un otro miembro será el tesorero, asesorado posiblemente por una comisión de finanzas que se ocupará en todos los asuntos financieros.

Todas estas personas se reúnen a intervalos regulares para examinar lo que salió bien y lo que debiera ser mejorado y para hacer proyectos para el futuro.

Cada miembro de la comisión será elegido por la congregación para cierto campo de acción y deberá gozar de la confianza de la congregación, y como en el caso de la

elección de un pastor, la iglesia considera también en tal elección y su resultado la voz y la intervención de Dios, porque se trata no sólo de un oficio de administración sino, en un alto grado, de un oficio espiritual. Se trata del único ministerio dentro de la Iglesia, instituido por el Señor y que se subdivide en los múltiples oficios de la congregación, donde sus representantes son plenamente responsables frente a la congregación, porque esta iglesia es el cuerpo de Cristo, el pueblo de Dios dotado con los diversos dones carismáticos.

Pero este cuadro frecuentemente no concuerda con la realidad, como lo hace constar Heinz Fast¹ en los cuadros luteranos mensuales donde se lamenta de la existente exigencia monopolista del ministerio, y, de que este ministerio todavía se impone con acentuada autoridad sobre los llamados laicos. Se hace constar que el sacerdocio universal de los creyentes, una tesis básica de la Reforma, es todavía un programa no resuelto por la iglesia evangélica. Todavía es así que el uso de colaboradores y su preparación se entiende en el sentido de dirección patriarcal. Siemson **sus** colaboradores, los del pastor, **su** equipo, **su** brazo prolongado. Es el pastor el que delega tareas y funciones en los laicos, las que originalmente, como él cree, debieran ser realizadas por él, pero que no puede hacer, porque ya está sobrecargado. El resultado es que muchos de los mejores laicos que al principio querían aceptar plenas responsabilidades, se ven tan frustrados que se retiran resignados a posiciones que les dejan solamente la función de aclamar lo que fue resuelto por los pastores. Algo parecido puede decirse con respecto al culto donde el sermón permanece siendo un monólogo con que la congregación no tiene otra relación que escucharlo sin posibilidad de discutirlo y resulta que el sermón se ha aislado de los hombres a los cuales tenía que decir algo muy importante.

Pero este sistema patriarcal causa también una frustración en las filas de sus propios defensores (de este sistema patriarcal.), en los pastores mismos. Mientras que la Reforma quiso limitar su ministerio a las funciones esenciales de tal ministerio, a la enseñanza y la predicación del Evangelio y a la cura de almas, que también es definida como procla-

mación de la Palabra en una situación especial, en el correr del tiempo, el pastor se hizo cargo de muchas tareas adicionales. Se le considera experto en finanzas², debe ser capaz de desarrollar temas éticos, literarios o históricos en la sociedad de jóvenes. Se espera de él que en círculos caritativos o sociales, en sociedades de damas o caballeros dicte conferencias filosóficas o de otra índole cultural. En realidad debe ser un hombre universal. Pero al final él habla como un aficionado y su propio diletantismo no le satisface. Pero no le dan tregua. Nada debe quedar desconocido para él, la vida en todos sus aspectos, nacimiento y muerte, alegría y aflicción, juventud y ancianidad, conflictos del alma y tensiones sociales, el arte de poder escuchar y de hablar, cosas de administración y de literatura. El pastor debe ser pedagogo y arquitecto, padre de familia, amigo, consejero, consolador y exhortador, pastor y psiquiatra, defensor de viudas frente a las autoridades. Todo esto debe cumplirlo, y él trata de hacerlo. Requieren de él que se ponga en el fondo de la vida, revestido de autoridad, no moralizante y sin embargo preocupado por la moral; abierto a todas las ideas modernas y al mismo tiempo un guardián de la tradición; que pueda jugar con los jóvenes y que sepa consolar a los ancianos y enfermos; que sea un orador brillante, pero que no diga disparates; un hombre bien informado sobre los últimos acontecimientos en la política y economía, cultura y deporte, y un conocedor profundo de las ciencias y de la historia; en resumen, una personalidad que es respetada por todos.

Pero mayormente se pasa por alto lo más importante, que él debe ser un teólogo, un mensajero del evangelio y un misionero, lo que es su tarea principal, la de ganar hombres y conservarlos en la fe. Nadie debiera sorprenderse de que este hombre se sienta confundido y cansado por lo abrumador de sus múltiples tareas. No es algo raro para él que deba dirigirse desde un cementerio y el cumplimiento de su deber allá, inmediatamente a la iglesia para bendecir un casamiento; y es algo más que un chiste que se haya dirigido a los novios y sus parientes saludándolos en el altar con las palabras: "queridos enlutados".

Si se quiere evitar tal tragedia, hay que desarrollar el po-

tencial existente en la congregación atribuyendo a ella plenas responsabilidades para poner en práctica la doctrina del sacerdocio universal de los creyentes. Si no se hace esto, tarde o temprano se llegará a un estancamiento: la congregación se reducirá, la asistencia a los cultos mermará, el grupo de jóvenes se hará un grupito, y tampoco tendremos ya suficientes jóvenes que quieran estudiar teología. Pero todo tomará un rumbo distinto, si la iglesia se hace una iglesia misionera.

Esto no es solamente una cuestión práctica de carácter trascendental, sino una cuestión de la base cristiana misma, del sacerdocio de Cristo mismo.

En Él llegó a su fin todo el sacerdocio del A. T. que no era más que una sombra de lo que había de venir (Col. 2:17), un testimonio del Cristo venidero que con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados (Heb. 10:14). Redención y santificación se realizan por el servicio de este sacerdote. Así Cristo es el verdadero sumo sacerdote, porque trae el sacrificio único, no cambiabile, que no puede ser repetido, por ser el cordero de Dios que quita los pecados del mundo (Juan 1:29). Por su muerte redentora se ha abierto para todos la entrada al Padre que espera el regreso de los hijos perdidos.

Estos hijos perdidos son trasladados a una nueva existencia por el santo bautismo en la fe. Esta nueva existencia incluye el sacerdocio de los creyentes. Porque por la fe el hombre tiene parte en Cristo, el sacerdote. Ahora el cristiano también es sacerdote y no necesita de ningún sacerdote, ya que él es sacerdote; "porque vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios" (1. Ped. 2:9). Cristo "nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos" (Apoc. 1:6). Lo somos como miembros en el cuerpo de Cristo. Por medio de Él todos los que son bautizados y creyentes, son sacerdotes. Ser cristiano y sacerdote, es idéntico. Así como lo uno, somos también lo otro. Esto es una realidad que no puede quedar sin efecto, porque tiene la promesa divina.

Tal efecto es el servicio sacerdotal en el mundo y por el mundo. Nuestro sacerdocio se realiza en la iglesia, donde Él está presente en la Palabra y los sacramentos y donde le ofrecemos las ofrendas de alabanza y adoración en gratitud por Su sacrificio con que nos ha redimido a mí, a mis amigos y enemigos y a todo el mundo.

Como sacerdotes intercedemos ante Dios por otros y por el mundo. San Pablo señala varias veces que sus luchas apostólicas y su éxito dependen de la intercesión, de los ruegos y oraciones de todas las congregaciones unidas con él en la fe, una intercesión que entonces debe ser considerada como poder misionero de suma potencia³.

Cada cristiano es sacerdote y como sacerdote es misionero. "Sois real sacerdocio", dice San Pedro, "para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable".

El sacerdote como mensajero no puede limitarse al testimonio de la palabra, sino que con toda su persona pertenece a su Señor acompañando el testimonio de la palabra con hechos convincentes, con el testimonio de las buenas obras del amor.

Donde hay Iglesia, allá hay creyentes, sacerdotes, misioneros. Los verdaderos creyentes son siempre misioneros. Esto se destaca actualmente más que antes: La iglesia como misión de Dios. La iglesia toma parte activa en el proceso de la misión. Esto no significa que todos los miembros de la congregación predicen públicamente, pero que aprovechan de cada oportunidad para dar un testimonio elocuente de su fe, o que encargan a otros miembros de su congregación que se hagan mensajeros de las buenas nuevas de la salvación en lugares todavía no alcanzados por el evangelio, y que apoyan en todo sentido a estos sus misioneros, cuando todavía son estudiantes y aun más tarde. La vida entera de la congregación en todas sus manifestaciones cúllicas y cotidianas se dirige a esta gran meta: "Dios quiere que todos los hombres sean salvos", y a su responsabilidad por los de afuera, hoy exo. Cualquier inactividad misionera de la iglesia sería expresión de su incredulidad. Desobediencia espiritual es en el fondo incredulidad, porque desconfía de las promesas en que se basa el encargo misional. Pero para

los creyentes es un privilegio el poder compartir con otros la gracia recibida.

Con tal definición queda excluida toda posibilidad de argumentar así: Hemos encargado a nuestro pastor que sea nuestro misionero. Por eso y por toda otra actividad eclesíástica lo pagamos. La iglesia como el conjunto de sacerdotes que inevitablemente son misioneros, descalifica tal excusa. Pero ¿dónde ubicamos entonces el ministerio de la Palabra, si éste no es idéntico con el sacerdocio universal de los creyentes? No disponemos aquí del tiempo necesario para dar una respuesta completa. Nuestra intención era ocuparnos detalladamente en el sacerdocio universal de los creyentes, porque sin tal sacerdocio en acción no será posible un buen ministerio de la Palabra. Por eso es nuestra esperanza que nuestra iglesia sepa identificarse siempre mejor con su misión. Esta misión no es filantropía, ni humanitarismo, sino servicio de Dios. Este se concreta si, guiados por la Palabra divina, elevamos la vista hacia Dios mismo, como Él se ha revelado en Cristo, el crucificado y resucitado. Al ser tocados y compenetrados por su voluntad de amor y doblegados por su gloria, su llamado despierta en nosotros el impulso irresistible a servir. Que Dios acepte en su gracia nuestro débil empeño en servirle siempre mejor durante este año de estudio que ya ha comenzado.

F. L.

1) Lutherische Monatshefte, Dez. 1968.

2) Christ und Welt, 27.9.1968.

3) "El Sermón como llamado a la misión", Peter Beyerhaus, publicado por el anuario luterano de misión, 1968.